

## Letras francesas

CHARLES SILVESTRE

«Prodige du Coeur» (Edición Plon, París.) Premio Fémina de 1926

De cuando en cuando la gran ciudad parece alejarse un poco de sí misma, ufana de hallar en el tranquilo silencio de su provincia, de la aldea, del solitario terruño, reparador descanso a su bullicioso vivir. Es ella, la orgullosa gran ciudad, la que busca amorosa los favores del rústico hombre de campo, quizás un tanto celosa de una felici-



CHARLES SILVESTRE

ciudad que escapa a su mirada y que no deja, sin embargo, de presentir en toda su magnífica realidad.

Charles Silvestre es el hombre de campo favorecido hoy por esa gran ciudad, París, a la que acuden ilusionados, aunque humildes, miles y miles de hombres llegados de los más apartados rincones de la tierra. El autor de «L'Amour et la mort de Jean Pradeau», de «Le Roseau d'Or», de «Prodige du Coeur», al recibir el tan codiciado Premio Fémina-Vie Heureuse—digno rival del premio Goncourt—, ve compensado su amor grande hacia esos campesinos que tanto ama él, precisamente por esa ciudad que va arrancando del seno de la naturaleza los únicos seres que en verdad él quisiera retener siempre a su lado: los sencillos aldeanos; es decir, los verdaderos hijos de la tierra, en cuyas venas todavía no ha penetrado el veneno de la vida moderna.

En «Prodige du Coeur», última novela publicada por Charles Silvestre, creamos entrever, a través del convencional velo de la ficción, la lucha sordida y despiadada, tanto más terrible cuanto más silenciosa se prosigue, entre la pobre e indefensa aldea que amamenta la juventud de sus hijos y la fuerte y autoritaria ciudad que, valiéndose de caprichosos y arbitrarios derechos, se los va disputando uno a uno.

El penoso problema de la despoblación de los campos se reviste de toda su trágica realidad bajo la pluma sincera y minuciosamente analítica de Charles Silvestre—el hombre de laboratorio es más fuerte a veces que el hombre intuitivo—, consagrado ya como digno compañero de los grandes escritores «rurales» F. Jammes, Alphonse de Chateaubriant, C. F. Ramuz, Henri Pourrat, Maurice Genevoix... que continúan con denodada fe y entusiasmo la obra emprendida por aquellos decididos amantes y defensores de la patriarcal vida campesina que han inmortalizado en la historia los nombres de André Theuriot, George Sand, La Bruyère...

JEAN CASSOU

«Les Harmonies Viennoises», (Edición Emile Paul.—París 1926)

Por segunda vez nos acercamos al estudio de Jean Cassou; por segunda vez tratamos de sorprenderle en lo más íntimo de su obra, de su pensamiento. «Les Harmonies Viennoises», como en otro tiempo «L'Eloge de la Folie», nos hablan del mismo soñador, que vive la indeci-



JEAN CASSOU

ble nostalgia de un país maravilloso... en el que los inmortales símbolos, los divinos ensueños que tanto acariaron Beethoven y Schubert se hacen de nuevo aliento de realidad. País ciertamente extraordinario, donde la deliciosa Lina ama con inmensa esperanza, siendo al fin correspondida por su amigo y maestro Diabelli, en tanto que las Nueve Sinfonías, acompañadas de las treinta y dos Sonatas, se aparecen a unos cuantos iniciados, anun-

ciéndoles la muerte del poeta, de aquel que supo cantar con ningún otro—en la Novena Sinfonía—el triunfo definitivo de la Alegría, símbolo del Gozo supremo, de la Paz, de la Perseja, del Vagabundaje, de la Locura, esos enemigos irreconciliables de la Guerra y del Trabajo.

Jean Cassou, esencialmente poeta, hace alarde en este su segundo libro de la filosofía que da calor a sus violentas rebeldías, sus vehementes protestas contra todo lo grosero, pequeño y mezquino; de la filosofía que da vida a sus aspiraciones ideales, demasiado juveniles si se quiere, demasiado apogeadas a un pasado que no le pertenece, a pesar de haber sido forjado, o escogido, por él mismo; pero que no deja de acusar con menos energía uno de los más vigorosos temperamentos de escritor que mejor puedan señalarse dentro de la actual generación francesa, por lo que tiene de gran artista, siempre que intenta conducirnos fuera de esta mediocre realidad que amenaza muchas veces afixarnos.

ARMAND LUNEL

«Nicolo-Peccavi» (Edición N. R. F. París-1926). (Premio Théophraste Renaudot.)

Augustin Nicolo-Peccavi es un superviviente de una antigua familia israelita, convertida al cristianismo años antes de que se desencadenase el histórico proceso del capitán Dreyfus.

Nicolo-Peccavi, habiendo sin duda olvidado sus orígenes hebraicos—o no habiéndolos nunca conocido—, sabe distinguirse durante la tumultuosa época del proceso como uno de los más ardientes antisemitas... hasta el momento en que, insinuante y humilde, su vecino Abranet le habla de sus antepasados, hijos también de la malaventurada Sion.

Armand Lunel, fino y certero psicólogo de la buena escuela bergsoniana, nos hace asistir al desarrollo íntimo de un profundo drama de conciencia, donde los eternos valores bíblicos: familia, religión, sociedad, luchan despiadadamente contra la nueva naturaleza de su héroe, hombre moderno, hombre occidental, de naturaleza mal enraizada aún y que sucumbe, falto de suficientes energías, falto de la nece-



ARMAND LUNEL



UNA ESCULTURA DE SARAH

: BERNHARDT :

Un bronce de Sarah Bernhardt, desconocido en vida de la gran actriz, que ha sido expuesto por primera vez en el reciente Salón de Teatro de París. Lleva el título de «Meditación sobre la muerte». Salvo algunos íntimos nadie conocía hasta ahora el talento escultórico de Sarah Bernhardt.

saria fe en un pasado definitivamente constituido, a los golpes brutales que le asesta su inconsciente no muerto todavía.

El problema planteado y resuelto por Armand Lunel, por ser de carácter universal, por interesar dentro de su desarrollo activo a todos y a cada uno de nosotros—resultantes que somos de un pasado indefinido—llega en algunos momentos a emocionarnos de tal modo, que el famoso proceso Dreyfus parece renacer de sus cenizas, arrastrándonos una vez más en el torbellino de los odios y de las pasiones ancestrales, despertadas bruscamente al conjuro de milenaria maldición.

HOJEANDO REVISTAS

«Le Craquillo» publica en su número correspondiente al 1 de enero algunas páginas de «El circo», de nuestro gran Ramón Gómez de la Serna, traducidas al francés por M. Adolphe Faigardolle. El libro es completo, y acompañado de un competente prefacio de los famosos

clowns Fratellini, se pondrá a la venta uno de estos días, editado por «Kra».

MARCIAL RETUERTO

MEMENTO

«La Nouvelle Revue Française» del 1 de enero publica el siguiente sumario:

André Gide: Voyage au Congo; Roger Allard: Les Adieux; Henry de Montherlant: Les voyageurs traqués; Marcel Proust: Le temps retrouvé; H. Fr. Amiel: Episode inédit du Journal intime. Chroniques de Albert Thibaudet, Benjamin Crémieux, etc., etc.

Encarecemos a todas aquellas entidades que nos honran enviándonos notas informativas, que las dirijan, para mayor rapidez de su publicación, a nuestro periódico, Marqués de Cubas, 7, en vez de a la Central de Teléfonos.

## MEMORANDUM

LA GRAN SEMANA.—Esta gran semana literaria y artística no cabe de hecho en los límites que el calendario señala a su extensión. Puede que sea una semana de quince días. Ojalá el mes y la estación y el año se cumplan con tan igual fortuna como han sido excelentes los auspicios con que aparece señalado el curso literario y artístico español en los fastos del nacimiento 1927.

Como luminoso cartel en la gran feria de las bibliotecas populares del mundo, la portada de la última novela de Blasco Ibáñez, «A los pies de Venus», propone un enigma fácil—el antifaz de los Borgias—a la curiosidad de la gran masa de lectores.

«Tirano Banderas», epopeya satírica de un nuevo mundo nacido de la tradición española y de la América indígena, muestra su faz de ave agorera, cuyas entrañas palpitantes escudrina el arispé Valle-Inclán ante los iniciados absortos, la multitud incrédula o indiferente, el gobernante desatento, y, sobre todo, el lector cautivo de su magia de escritor.

«Las veleidades de la fortuna» y «Los amores tardíos» continúan el espectáculo de la vida a través del temperamento de Pío Baroja, novelista impar, tan excelente compañero de viaje espiritual desde la butaca, en que leemos las aventuras, aparentemente insustanciales muchas veces, del propio autor, gran vagabundo por las liviandades del suceso de ayer, de hoy o de mañana y las profundidades de los espejos en que se copia la vida.

«Nova Novorum», la colección señalada por dos preciosas muestras anteriores del espíritu juvenil en las letras españolas, «Vispera del gozo», de Pedro Salinas; «El profesor inútil», de Benjamín Jarnés, ha traído ahora un «Pájaro Pinto» amañado por Antonio Espina, poeta de honda vena satírica bajo los arrequives líricos de las últimas modas, que ofrece al lector más atento—el lector desconocido quizá—propósitos arduos de un equilibrio, todavía inestable, entre las vulgares apariencias de la realidad y su expresión literaria referida a otras formas del arte inquieto de nuestros días: el cinematógrafo; claro que en su aspiración más pura, desprovista de anécdotas e intrigas que, después de todo, no pertenecen al cine, sino al folletín.

Un libro, no recibido aún, pero ya en los escaparates, de poesías de Alberti, cuyo autor «Marinero en tierra» le valió el espadrazo de un premio oficial, cierra esta semana literaria.

LEY.—Sabido es que Juan Ramón Jiménez prepara hace unos meses la publicación de otra revista que añadir a los varios intentos de su año, siempre noble y circunscrito a normas estéticas estrictas. El primer número de «Ley», sustituye volumen, principalmente dedicado a la poesía moderna, en prosa y en verso, e ilustrado con dibujos y tricromías de precio, verá a luz próximamente, al precio de quince pesetas ejemplar, suscrita previamente en la librería de León Sánchez Cuesta. ¡Adquirirá carta de naturaleza en España la costumbre francesa hecha al gusto de las publicaciones de «Ley» y para bibliófilo!

Para bibliófilo... y para especulador, ya que los especulacionistas de libros y de cuadros en Francia tienen muy en cuenta la bolsa de valores literarios y artísticos.

Algo empieza—o mejor dicho vuelve a hacerse entre nosotros—en pro del libro bello. Pero el aficionado español lo quiere «bueno», «bonito» y... «baratito».



El pintor John Well retratando en su estudio a dos muchachas de la alta sociedad inglesa (Foto Ortiz)

## LA FERIA DE LOS LIBROS

«El obispo leproso», novela de Gabriel Miró.

II

Ya en el título está todo Miró; el Miró que gusta del contraste entre lo agrio, lo feo, lo mortuorio, lo macabro y lo dulce, lo suave, lo pío, lo alegre, lo estallante de vitalidad luminosa.

Creo que únicamente un poeta que hubiese estudiado matemáticas puras y fuese, además, un fisiólogo y un naturalista, y dominase la técnica pictórica del paisaje y el retrato, al óleo, podría expresar con la exactitud que Miró el ambiente y los seres de esta Oleza clara y quieta, que no es sino la episcopal Orihuela. ¡Y la novela, dónde!

Leyendo algunas páginas de Miró, mi fantasía imagina, amacrónicamente, este capricho: bajo la luz lujosa de Levante, en la playa, enclavado en la arena, hay un caballero de pintor. Sorolla duerme la siesta, tendido cara al azul. Los niños rozagantes que le han servido de modelos, desnudos bajo el sol, han abierto—macabro regalo del mar—un ataúd, resto de no se sabe qué naufragio. Valdés Leal, con tremebundo pincel de lacernante precisión geométrica, copia sobre el lienzo inconcluso de D. Joaquín, del que desborda la luminosidad mediterránea, el rostro, enmascarado de algas y ovas, del obispo leproso de Oleza, ya muerto...

¿Será esta una novela sin acción cursiva a lo largo de sus hermosas páginas? Hasta ahora la acción se estra en cien acciones distintas. El protagonista parece ser Oleza entero. Más que la vida de uno o de va-

rios determinados habitantes, es la vida de la ciudad la que pasa ante mis ojos.

Hay en Miró la ternura mística, el fervido panteísmo de los verdaderos poetas; pero yo veo más: expreso, bajo el pando gesto abacial, de entuosa piedad, una vena piadosa más honda, limitada, la piedad infinitamente humana del gran humorista. En fin de cuentas, todos los grandes noveladores han sido humoristas antes que nada.

En su obra, el sol fermenta la podre del mundo y le da vida nueva.

No hallo en el Miró de hoy ese progresivo catolicismo de moda que otros han visto. Su obra, como las de otros grandes artistas sensuales que han omeledado temas litúrgicos, respaldados con la fastuosidad de los ritos eclesiásticos de todo el sur de Europa, que no son sino un reflejo de los fabulosos ritos orientales. Pero no huele a sacerdotía; ni siquiera trasciende doctrinismo. Antes creo percibir una leve censura—muy sutil, casi impalpable, como de escritor verdaderamente independiente—contra la seca religiosidad, contra el rigorismo beato, contra fanatismo estúpido. No; no puede ser un católico, al menos un católico al uso, quien escribe en «El obispo leproso» tantas páginas transidas de ironía o vibrantes de represo desprecio para cuanto hay de despreciable en la actuación religiosa de algunos habitantes de la diócesis olezensa.

Se columbra, leyendo, subconsciente el libro palabra por palabra, la sensualidad verbal, más bien la luznaria liberación del estilista que sufre y goza intensamente, en la agrosada copulativa de un alumbrando,

desentrañándose, gota a gota, el vívido capisito de esta prosa acendrada, perfecta, que nos embriaga con un penetrativo aroma de exactitud. Esta prosa da aire y luz al ambiente, individualidad corpórea y alma, inconfundibles, a cada personaje... Pero, ¿y la novela?

¡Ya está aquí! No era posible que faltase. Donde hay vida real y verdadera hay, al fin, novela, apacible o dramática. «No hay un corazón sin novela», ha dicho Amiel. María Fulgencia, alma ardiente, llama de corazón en un mundo de llamas de cenizas, está buscando el amor desde las primeras páginas; y, pobre lector—más acostumbrado a la ficción literaria en que nos lo explican y señalan todo, sin ofrecernos realmente nada, que al espectáculo de la vida misma en que, por el contrario, todo tiene realidad de presencia sin que nada se nos explique—no me ha dado cuenta de que María Fulgencia es una llama de amor viva hasta ahora que veo su corazón y el de Pablo—la otra alma pura y llameante—conflagrada en el beso adultero, fatal, necesario para revelarles a ellos mismos, demasado tarde, el sentido cierto de sus vidas.

Las dos jornadas últimas del libro me retrotraen a las cinco primeras en que «antes» me parecía que no pasaba nada novedoso; y abarcando de presente todas sus menudas incidencias recuerdo, quizá por inconsciente cerebración, «La educación sentimental» flaubertiana. Y con ello encuentro justificación plena a la admirable técnica constructiva del novelista Gabriel Miró, que no sólo ha llevado en «El obispo leproso» su estilo al ápice de justeza expresiva—hecha de riqueza y propiedad y gracia—, sino que ha ani-

mado de vida integral—muchos días iguales y un día único—a las criaturas humanas encarnadas en aquella prosa impecable e implacable, como las fuerzas de la naturaleza creadora.

Escribí esa última nota marginal; terminé, apasionadamente, la lectura del libro, atraído por la doliente simpatía con que Miró habíame encadenado en varios meses de convivencia a María Fulgencia y a Pablo, y... comprendí, admirado, la técnica novelística, perfectamente realista, de «El obispo leproso». Un escritor a destajo, de seguro habría reducido a una novela cocta de treinta céntimos esta nutritiva obra, inorosa y amorosamente dilatada, como «Los trabajos de Urbano y Simona», pongo por novela admirable de lenta acción, fuera del «decalogo» de Ortega.

Miró ha dado a la existencia de sus protagonistas el mismo desenvolvimiento que lo habría dado la vida en la realidad. ¡Cuántos días, cuántos años transcurren en la vida real del hombre más interesante sin que pase nada extraordinario, «noveloso», según los retóricos! Un día, sin embargo, la vida de ese hombre, como la del más adocenado mortal, culmina en un acto decisivo, insolito. «Oh, qué interesante, qué no ovela-oso», nos limitaremos entonces a exclamar quienes no le hayamos conocido antes. Pero aquellos otros especuladores del caso que, desde mucho tiempo atrás, hayan seguido de cerca al héroe del momento, forzadamente han de sentir con mayor intensidad que nosotros, acaso de manera indelible, el fardo de alegría o de dolor que el Destino deja caer sobre él en esa hora culminante de su vida. No de otro modo Gabriel Miró nos familiariza, día tras día, con los fatigados de

la diócesis de Oleza, y gana para ello nuestra más conmovida adhesión, insospechada de nosotros mismos hasta que vemos a uno de ellos en el trance dramático, involudible ya para quienes hemos fraternizado humanamente con la creación del arte.

JUAN G. OLMEDILLA

Libros recibidos

Marcos Villari, novela por Bartolomé Soler. Prólogo de Gabriel Alomán; ilustraciones de J. Terruella. (Biblioteca «Palas», ilustrada. Barcelona.)

La humana dignidad, acto de comedia o diálogo escénico, por Gregorio F. Baquero Gil.

Poesías escogidas de Góngora, selección de Julio de Ugarte. (Biblioteca Alma, Volumen I.)

Pájaro pinto, novelas de Antonio Espina. (Colección «Nova Novorum». Revista de Occidente.)

Breves notas sobre Julio Cejador, por César González Ruano. (Prensa Nueva.)

Sofotel, novela biográfica por Pablo Sadoc.

Las tres mujeres, narraciones de Miss Alma. (Colección «Martes». Barcelona.)

Carteles, poemas de Alfonso Camín. (Editorial Renacimiento.)

El alegre laborar. (Frohes Schaffen) Deutscher Verlag fuer Jugend und Volk.

Colección de cuentos, novelas y sencillas narraciones en las que, siguiendo un buen sistema didáctico, se inicia a los jóvenes en las disciplinas más valiosas para el hombre moderno. La lectura de estas narraciones es aménisima, y tiene un considerable valor literario y pedagógico.

## CERVANTES Y MONTAIGNE

La tercera serie de los «Cuadernos literarios», publicación de bolsillo editada con todo esmero y selección, que de enriquecer sus títulos con un ensayo sobre «Cervantes», capitulado, en su vez, de un próximo libro sobre Montaigne, cuyas primeras reservas, para la edición de Montaigne, se han fijado por mediación de Margarita Noyken, no lo ha traducido directa y presuntamente del manuscrito francés, inédito aún.

Nadie que guste del arte y su expresión literaria ignora el nombre de Elie Faure. Su actividad crítica trasciende el entusiasmo de la más pura imaginación poética, y sus estudios, que la edición se enciende con el fuego inesotivo de la fantasía, parecen necen más que a la didáctica al servicio de la creación. Su traductora fiel de la «Historia del Arte» sigue adelante y decidida por ese camino de las visiones literarias que preconiza Unamuno como el mejor servidor en el idioma del espíritu de un autor orgánico es el empeño fácil de de transportar sin desgarro su intención, finalizada en un estilo vibrante, nervioso, henchido, magnificado con destellos de romántica elocuencia, las páginas dedicadas por Elie Faure a sublimar la unidad del espíritu humano en una supuesta colaboración con Shakespeare. Cervantes y Pascal, bajo la influencia filosófica de Montaigne. Tal es, en definitiva, la teoría sentada en el libro que Elie Faure anuncia, y del cual, española promesa, se nos adelanta esta «Cervantes», puesto de relieve al lector español con toda la exuberancia de imágenes, con toda la profusión de sugerencias y sutilezas, difíciles de someter al rigor de la gramática castellana sin que pierdan el ímpetu de su primer aliento, lo que constituye su principal atractivo literario.

Situado en la desolada vastedad del panorama español (Castilla es España para el comentarista del manchego), Elie Faure ve y siente en un punto Don Quijote, nacido en las mas que vaga figuración burlesca, contra los libros de caballerías, además de su propio creador Cervantes, acompañado de Sancho, y doctores ya en la segunda parte de su historia de una conciencia, de una reflexión más profunda, más humana, más universal. Es decir, universal, humana, profunda por excelencia, arquetipo de espíritu hecho realidad.

Elie Faure deduce el hecho magnífico de la gran contribución cervantina a la cultura del espíritu europeo de una razón española, de ese misterio no peculiar de nuestra personalidad por el cual Santa Teresa, y el Goya, y Goya, con los pies en el suelo más áspero y los ojos en el espacio más cruel de cuantos la naturaleza puede concebir y la vida misma realizar, se elevan a regiones insospechadas del intelecto, por vía de un rasgo sensorial y sensitiva, por intuición simplemente divina.

Así Cervantes, cuya vida evoca Elie Faure en relampagos de luz y soledad, nutrido de la vida real de su tiempo, arrebatado por la fortuna con rumbo a las más desventuradas circunstancias de un azar tumultuoso, acciona a crear en la locura de Don Quijote la pintura más alta de la pasión humana por la justicia, la cura apoyada, sostenida, por la incorruptible de Sancho, pueblo bello, la medula de sus huesos y por la sangre de sus venas, flor de disciplina generosa, capaz de hallar, desafiando ya y a punto de morir su amor, razón impensada de su locura.

Entre la primera y la segunda parte del «Quijote» mediaron años felices, viene a decir Elie Faure, que ese aduñamiento, esa conquista de Cervantes por su héroe pudiera decirse a algo más que la sola reflexión del escritor. Pudo muy bien consistir en «Ensayos» de Montaigne, famoso ya en toda Europa, traducidos al francés en 1603, y cuya suprema fórmula filosófica, la dualidad del espíritu en la conciencia de cada hombre constituye en Don Quijote y Sancho en Ariel y Caliban de Shakespeare, punto más alto de la imaginación europea, realista, concreta del pensamiento, fundada rigurosamente en el pensamiento de Pascal.

Si tal coincidencia no fuese producto de la casualidad, «del ambiente», que diríamos ahora; si ciertos sorprendentes semejanzas, incluso palabras, procedieran más que de una reminiscencia clásica alguna de la obra de Montaigne sobre Shakespeare y Cervantes, Elie Faure aseguraría que daría por descubierta la unidad del espíritu humano, no ya en la conciencia de la aventura divina, sino en el orden puro del Pensamiento.

He aquí la sutil aventura intelectual clásicamente francesa, a que se arrojó Elie Faure en su pasión de conocimiento.

C. RIVAS CHERIF

Los artistas españoles en París

Nos comunican de París que el Gobierno de la vecina República ha decorado con la cruz de la Legión de Honor al ilustre pintor español Vicente Santolária, desde hace ya algunos años radicado en la capital de Francia, donde participa regularmente a las Exposiciones anuales de la sociedad de los Artistas Franceses. Nacido en el Cabañal, junto a Valencia, Vicente Santolária recibió del gran Sorolla las primeras nociones de pintura e hizo su educación artística en Barcelona antes de recorrer la Europa entera para estudiar las obras de los grandes maestros del Renacimiento, cuyas huellas se ha esforzado en seguir.